

Juan Villoro

El 10 de las letras

Antonio Espinoza

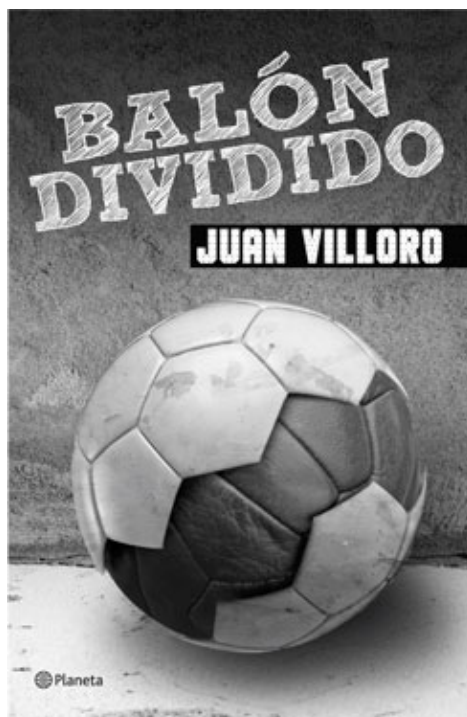
A todos los que quieren y a todos los que aman el fútbol.

ÁNGEL FERNÁNDEZ, al iniciar el segundo tiempo

Con la sensibilidad de un poeta inició la literatura futbolera. Ocurrió el 20 de mayo de 1928. El Barcelona y la Real Sociedad jugaban en Santander el primer partido de la final de la copa de ese año. Defendía la meta catalana el portero húngaro Franz Platko. El partido, sumamente violento, tuvo en Platko a un héroe ensangrentado que salvó a su equipo de tres goles inminentes. Rafael Alberti, presente en El Sardinero, inmortalizó a Platko en un poema, y convirtió la figura del arquero en leyenda. El poeta gaditano vio a Platko (“oso rubio de Hungría”, “guardameta en el polvo”) como un auténtico guerrero, un héroe balompédico de dimensiones épicas del que nadie se olvida. “¿Qué mar hubiera sido capaz de no llorar?”, se pregunta Alberti al final de la oda.¹ En una época en la que el fútbol no era muy apreciado por los intelectuales, el gesto de Alberti bien pudo ser visto, si no como una tontería, sí como una extravagancia.

Con Rafael Alberti se inició la mitificación de una práctica deportiva que ha enraizado en todos los sectores sociales. Al igual que el ilustre poeta de la Generación del 27, dos escritores franceses: Jean Giraudoux y André Maurois, escribieron páginas memorables sobre el fútbol. La maldición de Shakespeare (“Tú, vil *footballer*”, exclama un personaje del *Rey Lear*) no les importó mucho a los apologistas del juego que surgían por aquí y por allá, en todo el

¹ Rafael Alberti, “Oda a Platko” en Juan José Reyes e Ignacio Trejo Fuentes (compiladores), *Hambre de gol. Crónicas y estampas del fútbol*, Cal y Arena, México, 1998, pp. 269-271.



orbe. Y no eran sólo escritores: pintores de la talla de Umberto Boccioni, Pablo Picasso, Robert Delaunay, Nicolas de Staël y nuestro Ángel Zárraga celebraron con pinceles la gloria del fútbol. Si hubo autores que desdeñaron el fútbol una vez que se había democratizado, otros lo exaltaron y encontraron en él no sólo una expresión de la vida moderna sino, como en el caso de Albert Camus, una lección efectiva de moral.²

La bibliografía futbolística es vasta. Ríos de tinta han corrido sobre el deporte más popular del planeta. El fútbol es un juego que ha inspirado a numerosos escritores que han plasmado el fenómeno cultural, psicológico y sociológico que representa. Existe una amplia lista de libros notables sobre

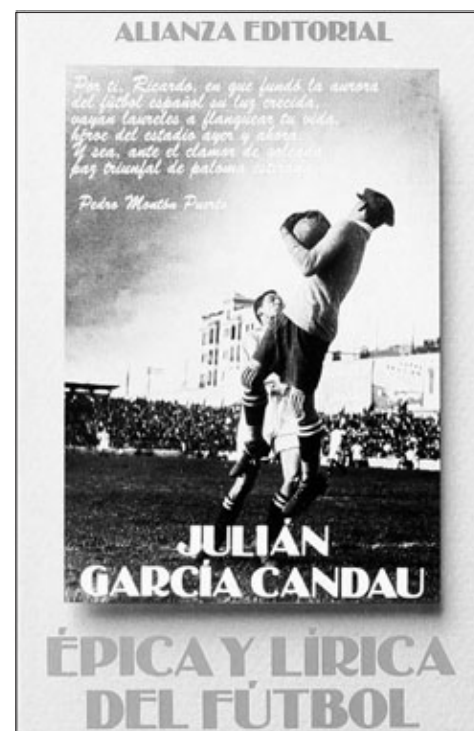
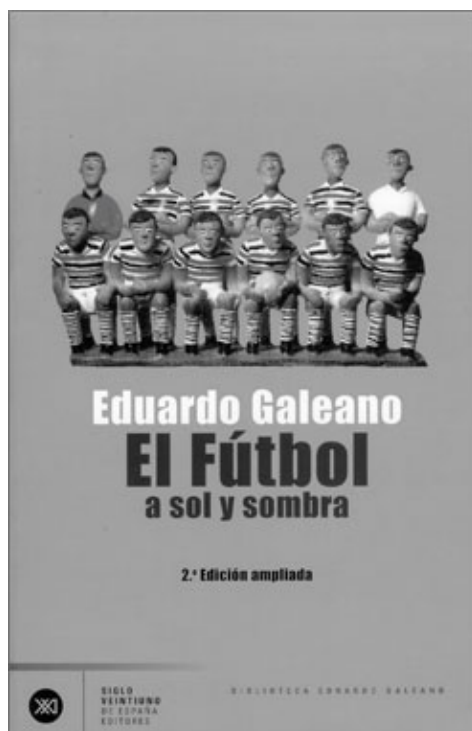
² Albert Camus, “Lo que le debo al fútbol” en *ibidem*, pp. 373-375.

el tema; destaco algunos: *El fútbol a sol y sombra*, de Eduardo Galeano; *Fiebre en las gradas*, de Nick Hornby; *Épica y lírica del fútbol*, de Julián García Candau; *El fútbol, mitos, ritos y símbolos*, de Vicente Verdú; *Sueños de fútbol*, de Jorge Valdano; *Dios es redondo*, de Juan Villoro... Este último autor es quien más ha insistido en el tema futbolístico, en crónicas, cuentos y ensayos. Para mí es el escritor que debe portar en su espalda el número 10, como el gran creativo en el juego literario del fútbol.

ÁNGEL GUARDIÁN

Juan Villoro (México, 1956) ha expresado siempre su admiración por Ángel Fernández, el cronista más prodigioso del deporte más apasionante. La entrevista que le hizo al narrador a fines de los años ochenta es una joya: nos presenta a un Ángel Fernández entero, alejado de la narración televisiva pero dueño todavía de su extraordinaria inventiva verbal. En *Los once de la tribu*, su espléndido libro de crónicas, Villoro incluye la entrevista que nos ofrece un retrato muy completo del formidable cronista: su trayectoria, sus “maromas verbales extremas”, los apodosos inolvidables que durante muchos años puso a los futbolistas, sus lecturas, sus escritores favoritos, su salida de Televisa primero y de Canal 13 después y su grito más largo con motivo del gol del brasileño Eder en el partido Brasil-URSS, durante el Mundial de España en 1982.

En el texto introductorio a *Los once de la tribu*, Juan Villoro confiesa su admiración infantil por Ángel Fernández: “De niño, sus narraciones de fútbol me revelaron la existencia de un lenguaje de fábula, en el



que todo podía decirse de otro modo. Fue mi primer contacto con las palabras como símbolos mágicos”.³ Quizás Ángel Fernández sea para Villoro una suerte de ángel guardián que lo ha guiado en su paseo literario por el fútbol. Hijo de un filósofo nacido catalán y exiliado en México, Villoro quiso ser futbolista, jugó con los Pumas de la UNAM en fuerzas inferiores, pero como muchos no logró su cometido de convertirse en un guerrero de la cancha. Su destino era otro: explorar narrativamente el fútbol, explicar las pasiones que provoca, desentrañar sus misterios; en suma, convertirse en un creativo de media cancha con amplia visión del juego literario.

¿Por qué el título *Los once de la tribu*? Ningún misterio hay en ello. Juan Villoro se apropia de la tesis del antropólogo británico Desmond Morris, quien en su libro *The Soccer Tribe* afirma el carácter ritual del fútbol: una supervivencia de nuestro pasado tribal, un juego cargado de memoria ancestral. Para Desmond Morris, el juego más popular del planeta es un acto ceremonial, una guerra incruenta que revela expresiones de orden tribal, incrustadas en el inconsciente colectivo.⁴ Esos once hom-

bres que con base en habilidad, inteligencia y técnica patean un balón con el fin de introducirlo en la portería enemiga, al tiempo que tratan de impedir que los once hombres del equipo contrario horaden la suya, actúan en una gran parodia de la guerra. Son “los once de la tribu”, auténticos héroes populares, guerreros defensores del honor y el orgullo de un barrio, una colonia, una ciudad, un país.

Son dos las crónicas dedicadas al fútbol en el libro: “Los once de la tribu” e “Infancia en la Tierra”. Ambas son complementarias, podrían formar sin problema una unidad, una sola crónica. Con un estilo ágil, una prosa transparente y referencias literarias y sociológicas siempre pertinentes, el autor nos habla de distintos temas futbolísticos: el árbitro, el portero, la defensa, el goleador, el binomio temible, pero también la excesiva comercialización del juego, los *hooligans*, la manipulación política, la corrupción... Conviven aquí grandes futbolistas (Pelé, Maradona, Cruyff, Platini, Beckenbauer, Reynoso...) con grandes autores (Beckett, Camus, Canetti, Morris, Orwell...), estos citados siempre en el momento oportuno. No faltan la anécdota, el dato histórico preciso, el amor irrenunciable del autor por el Necaxa y la mención infaltable de su ángel guardián: “inmejorable Góngora de la fanaticada”.

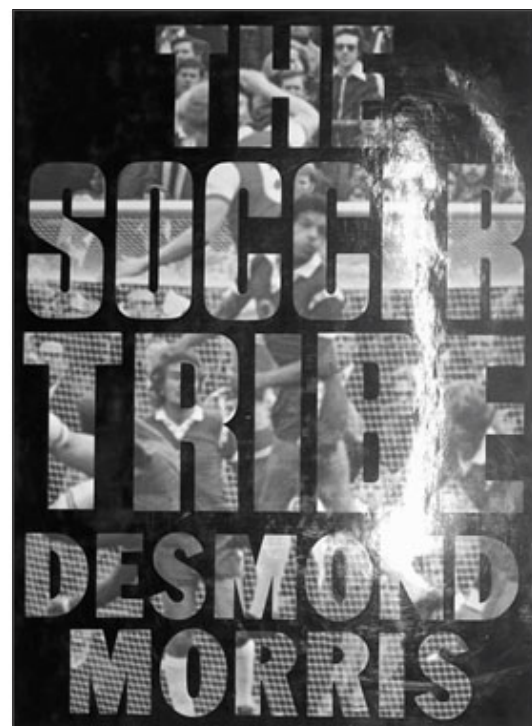
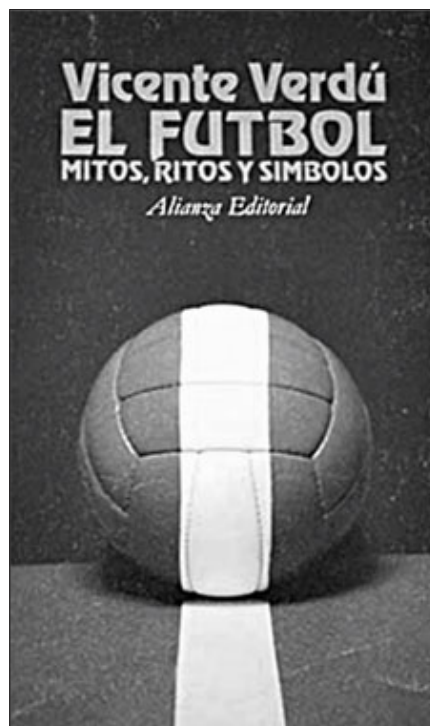
REDONDEZ DIVINA

En 1998 Juan Villoro cubrió el Mundial de Francia con la exitosa columna “Dios es redondo” para el diario *La Jornada*. Años después publicó un libro con el mismo título.⁵ Partiendo de la idea de que el fútbol sucede dos veces, en la cancha y en la mente del público, el autor se coloca en el centro del campo e inicia el partido. Villoro retoma la definición de Javier Marías sobre el fútbol (“la recuperación semanal de la infancia”), para luego lanzarse a fondo y armar un discurso ilustrado que nos lleva de un lugar a otro, de un tiempo a otro. Aparecen en escena la selección húngara de 1954 (encabezada por Puskás), la Naranja Mecánica holandesa (subcampeona en 1974 y 1978), el drama de Alberto Onofre (el gran futbolista mexicano que se fracturó y no pudo participar en el Mundial México 70), la tragedia de Moacyr Barbosa (el primer portero negro de la selección brasileña, convertido en villano en el Maracanazo de 1950), la historia negra de Arkan (un asesino serbio al servicio del comunista Miloševi), la historia exitosa de Josep Guardiola (icono del Barcelona), la selección multirracial francesa (encabeza-

³ Juan Villoro, *Los once de la tribu*, Aguilar, México, 1995, p. 10.

⁴ Desmond Morris, *The Soccer Tribe*, Jonathan Cape, London, 1981.

⁵ Juan Villoro, *Dios es redondo*, Planeta, México, 2010.



da por Zidane), la puntada de Cuauhtémoc Blanco (quien simuló “orinarse” como perro en la meta celayense tras convertir un pénalti).

El plato fuerte del libro es el retrato (“vida, muerte y resurrección”) de Diego Armando Maradona. Suma y sigue: el genio de Juan José Arreola, la “demencia financiera” del futbol, los fichajes multimillonarios que desvirtúan la esencia del juego, Francia 98 (último Mundial del siglo xx), Corea-Japón 2002 (primer Mundial del siglo xxi), las conversaciones con Jorge Valdano (“el principal escritor-futbolista del idioma”) y la infaltable presencia de su ángel guardián: “el locutor que renovó el imaginario del futbol y decidió mi vocación por la palabra”. Al inicio del libro Villoro afirma: “Y es que el futbol es, en sí mismo, asunto de la palabra”. Para el escritor, no basta ver los partidos: el futbol requiere de palabras... y de argumentos y reflexiones que sustenten las palabras. Se pregunta por qué no hay grandes novelas de futbol y sí mejores cuentos y se responde: porque el balompié ya está *narrado*, contiene su propia épica, su propia tragedia y su propia comedia y deja poco espacio a la inventiva. (Recuerdo ahora un cuento espléndido del autor: “El extremo fantasma” en *La casa pierde*).

DIVISIÓN BALOMPÉDICA

En *Los once de la tribu* Juan Villoro inauguró un estilo propio de literatura futbolera que continuó felizmente en *Dios es redondo* y recientemente en *Balón dividido*.⁶ El escritor salta a la cancha nuevamente y nos ofrece un libro tan exhaustivo y minucioso como el anterior, un discurso igualmente ilustrado que reúne retratos y crónicas de distintas figuras del futbol, con referencias literarias, sociológicas y hasta psicológicas. La idea certera, el juicio sereno, el vocablo justo. Aparecen en escena Lionel Messi, Cristiano Ronaldo, Ronaldo, Ronaldinho, Hugo Sánchez, Martín Palermo, José Mourinho, el Barça de Guardiola, Piqué y Shakira... Villoro dedica varias páginas a analizar el futbol mexicano y su diagnóstico no es nada positivo. Cuestiona los intereses económicos detrás del juego, el papel perverso de las televisoras, los torneos cortos. Anota: “El nivel del futbol mexicano es regular, pero antes de cada Mundial los profetas de alto *rating* hablan de los futbolistas como de redentores de pantalón corto. El milagro parece posible en televisión”.

Nuevamente Juan Villoro se ocupa de Maradona, ahora con motivo de su fracaso

so al frente de la selección argentina en el Mundial de Sudáfrica. Y a propósito de Maradona, Villoro dedica un capítulo del libro (“Barrilete cósmico”) a Víctor Hugo Morales, el gran locutor uruguayo que narró como nadie el gol de antología del entonces genio del futbol mundial el 22 de junio de 1986 en el Estadio Azteca. Y a propósito de Víctor Hugo, el escritor mexicano vuelve a recordar a su entrañable ángel guardián, “narrando ante la voz del Azteca”.

Debo señalar un par de errores nominales en el libro. Fue el Maxi Rodríguez el autor del golazo albiceleste que nos eliminó de Alemania 2006 y no un inexistente Maxi López, y fue Raúl Jiménez el autor de la chilena fantástica que salvó el partido eliminatorio contra Panamá el año pasado y no un Gutiérrez de nombre Raúl. Hasta los *cracks* literarios cometen pifias, que sin embargo pueden corregirse en una próxima edición del libro. Concluyo mencionando la “decena mágica”, la lista de los genios del medio campo según Villoro: “Didí: el Fundador”, “Pelé: el Rey”, “Bobby Charlton: el Resucitado”, “Overath: el Piloto”, “Cruyff: el Iluminado”, “Platini: el Arquitecto”, “Maradona: el Insurrecto”, “Baggio: el Fantasista”, “Zinedine Zidane: el Místico” y “Messi: el Genio”. Todos ellos portaron en su playera el número 10, como lo porta Villoro cada vez que salta a la cancha literaria. **u**

⁶ Juan Villoro, *Balón dividido*, Planeta, México, 2014.